
ATEISMO:

nueva

La lucha contra el ateísmo no debe ser interpretada con sentido político ni polémico. Hay tantos ateísmos como ateos. El tema de "la muerte de Dios" ampliamente superado. El problema no es sólo del marxismo. El Concilio no condenó. Aislacionismo tradicional de los cristianos frente a los no creyentes. Dios es inescrutable.

Hace tres años, el Papa encomendó a los jesuitas, de un modo especial, la lucha contra el ateísmo. La noticia así, escueta, puede ser fácilmente mal interpretada. En primer lugar, en un sentido **político**. El ateísmo, de hecho, se da como fenómeno colectivo y "oficial" en los países comunistas. Parecería, por tanto, que se trataría de robustecer la lucha del mundo "occidental y cristiano" contra el comunismo. Sin embargo, la actitud del propio Pablo VI en el conflicto de Vietnam nos muestra que la Iglesia no se siente ligada a ningún bloque político de naciones, en la búsqueda de la paz y la fraternidad universales. Y a escala nacional, no puede ser interpretado ese deseo del Papa como un anatema contra los que votan a los partidos comunistas, sobre todo en países como Italia y Francia. En los últimos años la Iglesia se ha mostrado cada vez más renuente a ser identificada, en el orden político, con los movimientos democristianos o socialcristianos. En el orden llamado "temporal", el cristiano, inspirado en sus principios religiosos, debe asumir personalmente los compromisos políticos de acuerdo a sus propias concepciones de la sociedad.

Tampoco debe ser entendido el deseo del Papa en un sentido **polémico** o "preconciliar". Los términos "lucha, hacer frente, combatir", etc., llevan

naturalmente nuestra imaginación hacia el sueño de una nueva cruzada. Y esa imagen coincide ajustadamente con la de una Compañía de Jesús polémica y batalladora, fundada por un soldado vasco, que le imprimió una organización rígidamente militar. La situación de otros siglos pudo justificar ese carácter polémico y, en cierto modo, agresivo, de la orden religiosa. Pero los signos de los tiempos, interpretados por el Vaticano II, nos señalan ya otra dirección. Es un lugar común que la compañía de Jesús nació para combatir al protestantismo. Propiamente nació para servir a la Iglesia, con el ardor con que todos combatían en los siglos XVI y XVII. Recuérdese que las hogueras de la Inquisición alumbraban no sólo las mesetas españolas sino también la calvinista Ginebra o la anglicana torre de Londres. Pero la Compañía de Jesús de hoy, mediante su autoridad suprema, la Congregación general, no rehuye la responsabilidad de su pasado: "En cuanto a las culpas cometidas por los jesuitas, en otro tiempo o más recientemente, contra la unidad, la Congregación General 31 se asocia con humilde confesión al mismo Concilio, recordando el testimonio de S. Juan: "Si decimos que no hemos pecado, le desmentimos y su palabra no está en nosotros". Por consiguiente, **humildemente pedimos perdón a Dios**

respiración

histórica del hombre

y a los hermanos separados, como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido" (Decreto sobre Ecumenismo, n. 2). Es evidente que la Compañía de Jesús de hoy no se va a embarcar en una lucha contra los ateos por la cual, dentro de cien años, tenga que pedir perdón a los hermanos no creyentes.

Cuando el Papa habla de "combate", en su discurso a la Congregación General 31, añade: "Con miras a esto, hagan investigaciones, recojan toda clase de información, publiquen cuanto convenga, discutan entre sí, formen especialistas en la materia, hagan oración. ...". La discusión no es con los ateos sino con los mismos jesuitas. Se trata sí, de un combate, pero para sacudir la modorra de una orden religiosa que aún no ha prestado suficiente atención a un fenómeno tan radical como el del ateísmo. Y los medios que señala el Papa: investigación, información, publicación, elaboración, especialización, oración, nos dan una idea del camino que se ha de seguir: no la oratoria "apologética", sino el estudio serio; no la visión humana y política, sino la apreciación desde la fe (hagan oración).

RESPIRACION HISTORICA

La problemática del ateísmo no es algo marginal, ni siquiera uno de los 30 temas tratados por el Concilio. Constituye más bien un horizonte sobre el cual tiene lugar la reflexión de la fe. Como ex-

presó Goethe, toda la historia humana se resume en el conflicto entre fe e incredulidad. Y ese conflicto adquiere hoy características especiales, señalaban por el Concilio: "La negación de Dios o de la religión no onstituye, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presentan no rara vez como exigencia del **progreso científico y de un cierto humanismo nuevo**. En muchas regiones, esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente a la **literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia, y la misma legislación civil**". (Gaudium et Spes, n. 7).

Al hablar de ateísmo, no debemos olvidar que hay tantos ateísmos como ateos, o, como dice A. M. Henry, "tantos ateísmos como opciones básicas o decisiones cruciales". Es posible, sin embargo, reconocer varias corrientes dentro de ese fenómeno complejo. Etienne Borne habla de dos tipos fundamentales de ateísmo: el del **pesimismo** metafísico y trágico, que toma como punto de partida el problema del mal, y el del **optimismo**, que trata de justificarse a sí mismo con una filosofía optimista de la Ciencia y de la Historia.

Más allá de una tipología debemos remontarnos a una etiología del fenómeno, investigando sus causas y evolución. Salta a la vista la diferencia con el ateísmo del siglo pasado, que era patrimonio de sectores progresistas y polémicos, fascinados por las ciencias naturales. Pero, como observó el

cardenal Koenig, el mismo progreso de las ciencias naturales invalidó el esquema y la cosmovisión de esos sabios naturalistas. Entretanto, señala Jean Lacroix, el ateísmo se fue convirtiendo, a lo largo del siglo XIX, **de aristocrático e intelectual, en democrático y político.**

Actualmente asistimos a un **ateísmo masivo**, tanto en las sociedades comunistas como en las occidentales. Ya no se trata de abstractas concepciones filosóficas sino de **actitudes existenciales**, de sistemas de valores vividos dentro de una determinada situación histórica. El ateísmo actual, dice J. Y. Jolif, "aparece como la empresa por medio de la cual la Humanidad intenta pacientemente desembarazarse de algunas realidades inscriptas en la vida más cotidiana: el hambre, la guerra, la injusticia: **lo vive la multitud como una esperanza y un esfuerzo antes de ser pensado por los filósofos como un sistema**".

Los procesos de socialización y planetización contribuyen a que el ateísmo contemporáneo sea un fenómeno de civilización, un modo de vida colectivo que afecta a enormes masas humanas, algo así —dice A. Pérez González— como la **"respiración histórica"** predominante en unas sociedades industriales que no reconocen a lo religioso ninguna otra función vital que la de "servir de refugio a un incommunicable sentimiento del hombre interior".

El ateísmo actual que, según Borne, marca mucho más a las masas que el marxismo, se caracteriza por su **indiferencia** ante el problema de Dios. El tema de la **"muerte de Dios"** está ampliamente superado. "La conciencia de Dios —dice Panikkar hablando del Occidente— se ha convertido en una **hipótesis superflua**, porque no aparece como necesaria para el orden de la sociedad e incluso del individuo". Con demasiada facilidad identificamos el ateísmo con el marxismo de los países comunistas. Sin embargo, el ateísmo moderno, nos advierte el Card. Koenig, nos enfrenta con un fenómeno que es **tanto del Este como del Occidente**, y bien puede resultar cierto que el problema sea incluso más difícil en Occidente que en el Este. El hombre de nuestros días siente que, por la alianza de la ciencia y de la técnica, puede, en cierto modo, añadirse él mismo a la naturaleza, es decir, en frase de J. Lacroix, colaborar de alguna manera a su evolución y a su génesis, transformar, por decirlo así, la historia natural en historia humana. Desde este punto de vista, el ateísmo científico deja de ser sólo metodológico para hacerse totalmente humanista. "El ateo es entonces el que se esfuerza en asumir la responsabilidad

del mundo y de la humanidad, y que emplea para ello los únicos medios eficaces".

FE Y POLITICA

El ateísmo marxista, por otro lado, no es indiferente sino más bien agresivo frente al problema de la religión. Es un ateísmo dogmático. Juzga su interpretación atea del hombre como la única interpretación "científica". "En la raíz de esta autoidentificación marxista en la ciencia positiva,



empírica y racional —señala Alvarez Bolado—, está el origen histórico decimonónico del marxismo, cuando se creía que la ciencia podía ser canon universal de la humanidad". No obstante, en los últimos años, asistimos a un fenómeno "auxiliar" dentro del marxismo. Los diálogos con el pensamiento cristiano se multiplican sigilosamente, y nos preguntamos si con el tiempo el marxismo seguirá aferrado al slogan de la interpretación atea del hombre como la única absolutamente posible. No está de más recordar que el Concilio no accedió a la petición de algunos Padres que deseaban una condenación explícita del comunismo. El Concilio no pretendía arrojar anatemas, como era tradi-

cional en los concilios anteriores. Tampoco deseaba, desde una apacible ciudad occidental, como Roma, determinar normas de conducta para los millones de cristianos que viven en países comunistas. La actitud de colaboracionismo, por ej., difícilmente puede ser juzgada desde lejos, desde afuera, cuando no se viven las angustias del que debe sobrevivir a través de opciones igualmente comprometidas y cuestionables. Tampoco ignoraba el Concilio los incipientes diálogos con el pensamiento marxista que podían naufragar con el cargamento de un anatema.

Pero, como advirtió el Papa en su encíclica *"Ecclesiam suam"*, "la solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación, en una merma de la verdad. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso que tenemos con nuestra fe" (n. 81). No ha de pensarse que cediendo un poco los cristianos y otro poco los no creyentes, lleguemos a fórmulas comunes, vagamente equívocas. El diálogo no tiene su origen en una especie de "política" exterior a la fe. Por el contrario, surge como una necesidad imperiosa de la fe misma. El cristianismo consiste esencialmente en el hecho de la fraternidad universal, pues todos los hombres tenemos un mismo Padre al vincular Jesús a toda la familia humana con Dios. Y la Eucaristía, culto medular del cristianismo, es el símbolo de que todos los hombres están llamados a sentarse en la misma mesa de la amistad, para partir el pan y beber de una misma copa. El cristiano es por esencia un comensal (en una misma mesa) que reserva un asiento para su hermano, el peregrino de la fe. Mejor dicho no se queda sentado aguardando, sino que sale al encuentro de él para dialogar en un fraterno sim-posio (bebiendo conjuntamente).

REPROBOS Y ELEGIDOS

El cristiano no se aproxima al no creyente con la suficiencia de quien posee la verdad frente al ignorante o equivocado. La conciencia de que todo hombre está en búsqueda, en camino, le permite reconocer humildemente que también él tiene algo que aprender del no creyente. Cuando la Iglesia entera, por ej., se interroga a sí misma sobre problemas tan delicados como control de natalidad, uso de la violencia, armas nucleares, infra-desarrollo, trasplantes de órganos, sistemas políticos, etc., etc., y no termina de encontrar soluciones satisfactorias —si las hay—, comprende que ha llegado la hora de interrogar a todo hombre an-

gustiado por los mismos problemas. La infalibilidad no significa que el Papa tenga a su disposición un teléfono rojo para consultar al Espíritu Santo. Al hablar del magisterio de la Iglesia se ha insistido con exceso en el aspecto "triumfalista" del mismo. La Iglesia, comunidad de creyentes, peregrina en la historia reflexionando continuamente sobre las angustias que todo hombre lleva en su corazón. En esa búsqueda, el Espíritu Santo no permitirá que se extravíe comprometiendo la fe. Pero es una búsqueda, con sus tanteos y vacilaciones, experimentando caminos que deberán ser desechados (el poder temporal de los Papas, por ej.), con fórmulas que resultarán después inadecuadas (las referentes a la libertad religiosa en el siglo pasado), o continuando con interrogantes que la actual reflexión sobre la fe no permite zanjar definitivamente (la suerte de los niños que mueren sin bautismo). Y en su propia búsqueda, el cristiano se siente hermanado con el no creyente.

En el aislacionismo tradicional de los cristianos frente a los no creyentes, podemos descubrir raíces muy profundas en determinadas concepciones teológicas. La suposición, por ej., de que es pequeño el número de los que se salvan, hipótesis robustecida por el pesimismo agustiniano, ha tendido a hacer del cristiano un ser que se sabe excepcional, frente al pagano o al ateo, para quien la salvación sólo podría llegar como un milagro de la gracia. Siente que entre él y el ateo media un abismo como entre cielo e infierno. Le parece justo que Dios castigue, algún día, la impiedad de los que niegan su existencia. Sólo cabría rezar por ellos para que deponiendo su orgullo se conviertan a Dios y se arrepientan de sus pecados. Por otro lado, caer en la hipótesis contraria, de que es muy grande el número de los que se salvan, supone una visión tan mundana como la primera. Dios es, sencillamente, inescrutable, no en los repliegues metafísicos de la trascendencia, sino en el apasionamiento de su amor por el hombre. Como dice Hans Urs von Balthasar, podemos esperar que todos los hombres sean salvados por Dios. Esto no es una creencia, una hipótesis de trabajo o una suposición. Es simplemente una esperanza. Y la esperanza es una lucha. El cristiano que comparta la esperanza desesperada de Dios, como fue vivida existencialmente por Jesús, no asumirá el diálogo con los no creyentes como un pasatiempo espiritual, una actitud de avanzada, el último grito de la teología, sino como quien siente que sus propias angustias y su propio destino están comprometidos en las angustias del hombre.

Ignacio Pérez del Viso S. J.